

Informantes de fray Bernardino de Sahagún (s. XVI). El misionero franciscano fray Bernardino de Sahagún compiló entre 1561 y 1569 el texto náhuatl de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, una descripción de las costumbres y creencias religiosas de los nahuas, con una breve historia de la conquista de México escrita originalmente en lengua nahua y después traducida por él al castellano. Para escribir el texto dependió de la ayuda de varios informantes nativos, entre ellos personas mayores que presenciaron los acontecimientos y costumbres que describe. También se aprovechó de las habilidades lingüísticas de informantes más jóvenes instruidos en castellano y latín que habían sido sus estudiantes en el nuevo Colegio de Santa Cruz en Tlatelolco, fundado poco después de la conquista de Tenochtitlán para la enseñanza de los hijos de la élite mexicana. De estos informantes anónimos no se sabe nada más allá de su conexión con el Colegio.

El texto de Sahagún en su forma final (completado en 1580) consistió en dos columnas de texto, una en náhuatl y el otro una "traducción" más o menos libre al castellano, y numerosas ilustraciones en la copia más lujosa.

Debido a que la traducción de Sahagún introduce sus propias interpretaciones del texto nahua, para el pasaje de esta lectura se reproduce la edición castellana de Miguel León Portilla, traducida directamente del texto en náhuatl. Este pasaje describe los agüeros que se observaron antes de la llegada de los invasores españoles y que supuestamente presagiaban la conquista. Es muy posible que estos "presagios" fueran auténticos en el sentido de que realmente se observaron; también hay que tener en cuenta la posibilidad de que la conquista se convirtiera en una explicación para extraños acontecimientos. Se trataría, por tanto, de una especie de "revisión" histórica.



Presagios de la venida de los españoles

Los presagios, según los informantes de Sahagún

Primer presagio funesto: Diez años antes de venir los españoles primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviere goteando, como si estuviera punzando en el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando.

Y de este modo se veía: allá en el oriente se mostraba: de este modo llegaba a la medianoche. Se manifestaba: estaba aún en el amanecer; hasta entonces la hacía desaparecer el sol.

Y en el tiempo en que estaba apareciendo: por un año venía a mostrarse. Comenzó en el año 12-Casa.

Pues cuando se mostraba había alboroto general: se daban palmadas en los labios las gentes; había un gran azoro; hacían interminables comentarios.

Segundo presagio funesto que sucedió aquí en México: por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió en fuego: nadie tal vez le puso fuego, sino por su espontánea acción ardió la casa de Huitzilopochtli. Se llamaba su sitio divino, el sitio denominado «Tlacateccan» (casa de mando).

Se mostró: ya arden las columnas. De adentro salen acá las llamas de fuego, las lenguas de fuego, las llamaradas de fuego.

Rápidamente en extremo acabó el fuego todo el maderamen de la casa. Al momento hubo vocerío estruendoso; dicen: «¡Mexicanos, venid de prisa: se apagará! ¡Traed vuestros cántaros!...»

Pero cuando le echaban agua, cuando intentaban apagarla, sólo se enardecía flameando más. No pudo apagarse: del todo ardió.

Tercer presagio funesto: fue herido por un rayo un templo. Sólo de paja era: en donde se llama «Tzummulco» (1). El templo de Xiuhtecuhtli. No llovía recio, sólo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio; decían de este modo: «No más fue golpe del Sol». Tampoco se oyó el trueno.

Cuarto presagio funesto: cuando había aún sol, cayó un fuego. En tres partes dividido: salió de donde el sol se mete: iba derecho viendo a donde sale el sol: como si fuera una brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles.

Quinto presagio funesto: hirvió el agua: el viento la hizo alborotarse hirviendo. Como si hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los fundamentos de las casas: y deruidas las casas, se anegaron en agua. Eso fue en la laguna que está junto a nosotros.

Sexto presagio funesto: muchas veces se oía: una mujer lloraba, iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos, ¿a dónde os llevaré? (2).

Séptimo presagio funesto: muchas veces se atrapaba, se cogía algo en redes. Los que trabajaban en el agua cogieron cierto pájaro ceniciento, como si fuera grulla. Luego lo llevaron a mostrar a Motecuhzoma, en la Casa de lo Negro (casa de estudio mágico).

Había llegado el sol a su apogeo: era el mediodía. Había uno como espejo en la mollera del pájaro, como rodaja de huso, en espiral y en rejuego: era como si estuviera perforado en su medianía.

Allí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelejo. Y Motecuhzoma lo tuvo a muy mal presagio, cuando vio las estrellas y el Mastelejo.

Pero cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en la lontananza; como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empujones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados.

Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

—¿No sabéis: qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitando!...

Pero ellos, queriendo dar la respuesta, se pusieron a ver: desapareció (todo): nada vieron.

Octavo presagio funesto: muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas, pero un solo cuerpo. Las llevaban a la Casa de lo Negro; se las mostraban a Motecuhzoma. Cuando las había visto luego desaparecían (3).

(1) Tzummulco o Tzomolco: "en el cabello mullido", era uno de los edificios del templo mayor de Tenochtitlan.

(2) El texto parece referirse a Cihuacóatl, que gritaba y lloraba por la noche. Es éste uno de los antecedentes de la célebre «llorona».